

# La democracia a debate: India frente al espejo del mundo

Ramachandra Guha

Profesor, escritor y periodista. Su obra más reciente publicada es *India after Gandhi: The History of the World's Largest Democracy*. Vive en Bangalore.

*El concepto de democracia, alumbrado en una colina de Atenas hace unos 2.500 años, ha recorrido un largo camino y, hoy en día, representa una gama absolutamente dispar de experiencias y proyectos políticos. El recorrido peripatético de las ideas democráticas demuestra que la historia de las ideas políticas occidentales ya no puede narrarse de manera coherente dentro de los límites exclusivos de la experiencia histórica occidental.*

Sunil Khilnani, en una intervención en el Collège de France, mayo de 2005

## Síntesis

Este ensayo compara la experiencia india de la democracia con la de Occidente, y con la de Sri Lanka, la otra nación asiática con una larga historia de elecciones regulares y multipartidistas. Resulta interesante que ambos países hayan experimentado una insurgencia armada y bien organizada que viene de antiguo, la de los cachemires en India y la de los tamiles en Sri Lanka. En los dos países, la paz y la estabilidad en la mayor parte del territorio han coexistido incómodamente con la lucha y los conflictos en las zonas fronterizas. El artículo gira en torno a esta paradoja, recurriendo a la yuxtaposición de democracia y violencia en el Sur de Asia con el objetivo de aportar nuevos matices al modo en que entendemos ideas políticas que se originaron en Occidente y que todavía hoy se identifican frecuentemente con esa parte del mundo.

## Introducción

La República de India celebrará sus decimoquintas elecciones legislativas en el verano de 2009. Aproximadamente 700 millones de adultos podrán votar, y es posible que 400 millones de electores ejerzan este derecho, para elegir a 543 miembros del Parlamento nacional. India cuenta asimismo con 23 estados, en los que también se celebran elecciones cada cinco años. En total, el número de ciudadanos indios que han elegido libremente a sus representantes políticos es muy superior al de los ciudadanos de democracias occidentales mucho más antiguas.

Desde el punto de vista demográfico y en otros aspectos, India domina Asia Meridional. Entre las demás regiones de la región, Pakistán, nación que se constituyó al mismo tiempo que India (en agosto de 1947) y Bangladesh (que se escindió de Pakistán en 1971) han vivido, en ambos casos, períodos de gobierno civil alternados con gobiernos militares. En Nepal, un régimen autocrático encabezado por un soberano dio paso a una monarquía constitucional en 1990, que fue sustituida, a su vez, por una República en 2008, cuando, sorprendentemente, un partido comprometido antes con la revolución armada según el modelo maoísta, se situó como primera fuerza política individual en el Parlamento. Hemos podido presenciar un cambio igualmente sorprendente en la vecina Bhután, donde un monarca más joven que el príncipe Carlos de Inglaterra y (sin lugar a dudas) más popular entre la ciudadanía, abdicó de manera voluntaria a favor de su hijo, después de haber supervisado las primeras elecciones multipartidistas celebradas en la historia de esta nación.

Sin embargo, aparte de India, Sri Lanka es el país con la experiencia más larga en materia de democracia electoral en la región. El país, conocido entonces como Ceilán, consiguió la independencia de Gran Bretaña en 1948 y, desde entonces, ha celebrado regularmente elecciones provinciales y nacionales. Al igual que ocurrió en India, también en Sri Lanka se otorgó inmediatamente el derecho al voto a todos los adultos, con independencia de su clase o género, lo que contrasta con la experiencia de Occidente, donde el sufragio se fue concediendo en diferentes etapas: en primer lugar, a los hombres con propiedades, posteriormente a los hombres con formación, algo después a todos los hombres y todavía más tarde también a las mujeres.

Al margen de las naciones del Atlántico Norte, los experimentos más amplios en torno a la idea de democracia se han llevado a cabo en el Sur de Asia. Al igual que en Occidente, aquí la creación de instituciones democráticas ha estado estrechamente vinculada a la formación de las naciones. Así, el pueblo de un determinado territorio, claramente delimitado, se une bajo una misma bandera y una moneda única, liberándose al mismo tiempo del dominio de potencias extranjeras o de monarcas y, de manera simultánea, o poco tiempo después, concibe la idea de elegir a sus líderes

mediante un ejercicio de libre voluntad. En particular, en Asia Meridional, la democracia y la independencia nacional llegaron más o menos de manera simultánea. De este modo, en India y en Sri Lanka el sufragio se impuso aun cuando la mayoría de los votantes eran pobres y analfabetos. En los años cincuenta, cuando en el Sur de Estados Unidos los negros quedaban en gran medida al margen de las elecciones, en India, los otrora intocables eran miembros del Parlamento y del Consejo de Ministros. En los años sesenta, cuando las mujeres suizas ni siquiera tenían derecho a votar, una mujer era ya primera ministra de Ceilán.

La democracia electoral basada en el sufragio universal se estableció mucho antes en estas nuevas naciones. Sin embargo, la idea de un credo nacional

común, al que pudieran ser leales todos los ciudadanos, ha resultado ser más problemática. La imposición de una única lengua a toda la ciudadanía ya resultó suficientemente difícil en Inglaterra, Francia e Italia, pero lo ha sido todavía más en Pakistán, India y Sri Lanka. En Inglaterra, los católicos resultaban en cierto modo sospechosos, y en Francia nunca se consideró que los protestantes (y los judíos) fueran suficientemente franceses. Puede decirse que los problemas de los hindúes en Pakistán y de los musulmanes en India han sido todavía mayores.

### Hardware y software de la democracia

Para empezar, permítanme diferenciar entre el *hardware* y el *software* de la democracia. Entiendo por *hardware* los rasgos políticos que nos permiten reconocer si una sociedad es democrática o no lo es, y que incluyen: la existencia de diferentes partidos políticos; la celebración, de manera regular, libre e imparcial de elecciones, mediante las cuales los votantes eligen entre los candidatos de dichos partidos; la libertad de prensa, incluyendo los medios electrónicos; un poder judicial independiente; la libertad de vivir, trabajar y tener propiedades en cualquier lugar del país del que se es ciudadano, y de asociarse con otros ciudadanos según el criterio propio.

La ciencia política se centra en estos cinco rasgos que definen la democracia. La disciplina afín que trata sobre la administración pública estudia las instituciones que permiten el funcionamiento fluido de un Estado-nación moderno y democrático. Las instituciones impersonales, sujetas a derecho analizadas por los académicos incluyen la función pública, el ejército, el banco central, la policía y –en algunos

estados comprometidos con el principio del bienestar– las escuelas y hospitales públicos.

Los escritos sobre la democracia, ya sean académicos o populares, se centran en los procesos mediante los cuales los ciudadanos gozan de libertad de movimiento y de expresión, y pueden elegir y sustituir a sus dirigentes políticos. Sin embargo, se ha prestado poca atención al *software* de la

democracia, entendiendo por ello sus aspectos culturales y emocionales, entre los que son cruciales los siguientes: el pluralismo religioso, es decir, la libertad de rendir culto a cualquier dios (o a ninguno); el pluralismo lingüístico, es decir, la libertad de expresarse, escribir, pensar, aprender y (en su caso) gobernar en la lengua que se elija; el pluralismo cultural,

en un sentido más general, es decir, la libertad de vestirse, comer, cantar, convivir, etc. con arreglo a los dictados de la tradición del grupo o de la conciencia individual.

El gran escritor alemán Friedrich Schiller observó en una ocasión que “la primera ley de la decencia consiste en preservar la libertad de los otros”. En Occidente, las libertades que la democracia tiene el mandato de preservar son fundamentalmente de índole individual. Sin embargo, en sociedades plurales, con muchas capas sociales, multirreligiosas y multilingües –como es el caso de las naciones del Sur de Asia–, las libertades que a menudo requieren ser preservadas se articulan en torno a grupos y no a individuos. Así pues, el *software* de la democracia, sus aspectos emocionales y simbólicos, pueden llegar a ser tan importantes o tan relevantes como el *hardware*.

### Donde la democracia convive con el conflicto armado: Cachemira y Sri Lanka

Quince años después de que India alcanzara la independencia, el biólogo J.B.S. Haldane subrayó el carácter diferencial de su experimento nacional –y democrático–. Nacido y educado en el Reino Unido, país en nombre del cual participó en las dos guerras mundiales, Haldane abandonó Londres en 1957 para trabajar en Calcuta. Poco después adquirió la ciudadanía india. Cuando un escritor científico estadounidense se refirió a él en una publicación como “ciudadano del mundo”, Haldane hizo la siguiente puntualización: “Sin duda, en cierto sentido, soy un ciudadano del mundo. Pero, al igual que Thomas Jefferson, creo que uno de los principales deberes de un ciudadano consiste en incordiar al gobierno de su Estado. Como no existe un Estado del mun-

“ En el Sur de Asia, la democracia y la independencia nacional llegaron más o menos de manera simultánea. (...) El sufragio se impuso aun cuando la mayoría de los votantes eran pobres y analfabetos. En los años cincuenta, cuando en el Sur de Estados Unidos los negros quedaban en gran medida al margen de las elecciones, en India, los otrora intocables eran miembros del Parlamento y del Consejo de Ministros.”

do, no puedo hacerlo... Por otra parte, puedo incordiar, y así lo hago, al gobierno de India, que tiene el mérito de permitir una buena dosis de crítica, aunque reacciona a ésta con cierta lentitud. Resulta que también me siento orgulloso de ser un ciudadano de India, que es mucho más diversa que Europa, por no hablar de Estados Unidos, la Unión Soviética o China, y por tanto constituye un modelo mejor para una eventual organización mundial. Por supuesto, podría terminar descomponiéndose, pero es un experimento maravilloso. Por tanto, quiero que se me etiquete como ciudadano de India”.

Estas palabras fueron escritas en 1962. En ese momento, una parte de la población de India habría discrepado firmemente del retrato dibujado por Haldane, por considerarlo demasiado optimista. Nos referimos a los habitantes del Valle de Cachemira, que habían sido tratados de una forma nada honrosa por el Estado que los reivindicaba como ciudadanos. En el invierno de 1947-1948, India y Pakistán se enfrentaron por Cachemira. Se declaró un alto el fuego auspiciado por Naciones Unidas. India prometió celebrar un plebiscito para determinar a cuál de las dos naciones deseaban pertenecer los habitantes de Cachemira. El plebiscito nunca se celebró. Y lo que es peor, en agosto de 1953, el Gobierno de India detuvo y encarceló al ministro principal de Cachemira, el muy popular jeque Mohammed Abdullah. Y aún peor, remplazaron al jeque por Bakshi Ghulam Mohammed, un político autoritario y corrupto, cuya administración fue conocida irónicamente como la “BBC”, o la *Bakshi Brothers Corporation*. Cuando se celebraron los comicios estatales en 1957, el Gobierno indio amañó las votaciones y los resultados para permitir que Bakshi renovara su mandato.

Ésa era la situación en mayo de 1962, cuando J.B.S. Haldane hizo su declaración. En las siguientes décadas, las cosas no mejorarían sustancialmente. El jeque Abdullah fue liberado en abril de 1964, y encarcelado de nuevo al año siguiente. A principios de los años setenta, había sido tan humillado que aceptó un acuerdo con el Partido del Congreso, que estaba en el poder en Nueva Delhi. Esto permitió a Abdullah convertirse en ministro principal de Cachemira, siempre y cuando acatará la política (y las veleidades) del Gobierno central. Sin embargo, los políticos de Nueva Delhi nunca llegaron a confiar plenamente en él ni en su hijo Farooq, que le sucedió como ministro. En 1977, el primer gobierno indio que no era del Partido del Congreso celebró las primeras elecciones imparciales en Cachemira. En 1983, con el Partido del Congreso de nuevo en el poder, Farooq fue destituido por Nueva Delhi por haber osado hablar con políticos que no eran del Partido del Congreso. Cuatro años después, se celebraron unas elecciones estatales fraudulentas, en las que se impidió que los votantes de Cachemira ejercieran libremente su derecho a votar.

En la primavera de 1989, los jóvenes del Valle de Cachemira se sublevaron contra la acumulación de injusticias, atacando oficinas gubernamentales y comisarías. Sus acciones contaron con el apoyo de muchos cachemires de a pie, que participaron en las protestas callejeras exigiendo *azadi* (“libertad”), del dominio indio. Cuando las protestas se intensificaron, el Gobierno de India envió contingentes del ejército para restaurar la paz. En lugar de contener las protestas, la presencia de hombres de uniforme armados sólo sirvió para que éstas se intensificaran todavía más. Desde hace ya dos décadas, este valle de sobrecogedora belleza ha sido escenario de un conflicto prácticamente permanente que enfrenta a militantes cachemires, por una parte, y tropas indias, por otra. En estos veinte años de conflicto, más de 60.000 personas han perdido la vida.

Volvamos la vista ahora de India a Sri Lanka y a la principal falla en la historia democrática de esa nación. Se trata del problema de la población de habla tamil que se concentra en el norte y en el este de la isla. Bajo dominio británico, los tameses asumieron pronto la lengua inglesa, accediendo así a una educación moderna. Los puestos de trabajo que ocupaban en la administración colonial no guardaban proporción con su número y su presencia profesional era también predominante.

En el momento de la independencia, muchos de los funcionarios de alto rango de Ceilán eran tameses, como también lo eran los médicos, abogados y profesores universitarios de mayor relevancia. Sin embargo, la llegada de la democracia electoral situó a la población mayoritaria, de habla cingalesa, en una posición de ventaja. Entonces, algunos cingaleses intentaron utilizar el poder político recién adquirido para neutralizar la influencia de la minoría de habla tamil, tanto en el gobierno como en la vida pública en general. Actuando a instancia de los primeros, en 1956, el primer ministro, S.W.R.D. Bandaranaike, impulsó la aprobación por el Parlamento de una ley por la que se establecía que el cingalés era la única lengua oficial de la nación. A partir de ese momento, las oposiciones para acceder a la función pública, así como algunos exámenes en la universidad, sólo podían realizarse en esa lengua.

La ley a favor de la lengua cingalesa fue seguida, dos años después, por la matanza orquestada de tameses en la capital, Colombo. Urdidos por nacionalistas cingaleses, los disturbios tenían claramente como objetivo hacer que los tameses se sintieran inseguros en el sur de la isla, fuera de sus propias áreas de concentración. A lo largo de los años sesenta y setenta, los políticos tameses ejercieron una fuerte presión para que su lengua se situara en pie de igualdad con el cingalés. También exigieron garantías de que se respetaría su cultura, y de que no se producirían más disturbios dirigidos contra ellos.

En 1972, el nombre de la nación se cambió oficialmente por el de Sri Lanka. Ese mismo año, una nueva Constitución dejó claro que el budismo sería la religión oficial de la isla, consolidando de este modo todavía más la posición de los cingaleses (la mayoría de los tamiles profesaba el hinduismo). A finales de los años setenta, los tamiles con formación, de clase media, empezaron a abandonar la isla en busca de una vida más estable y segura en Occidente, una opción que, evidentemente, no tenían los tamiles de la clase trabajadora, concentrados en el norte. Los jóvenes empezaron a perder la fe en el proceso constitucional, y a buscar una reparación más directa a los agravios sufridos. Empezaron a escucharse reivindicaciones de una patria independiente para los tamiles de la isla, que se llamaría Eelam.

El Gobierno respondió a la creciente radicalización de los tamiles enviando destacamentos de la policía y del ejército. El último día de mayo de 1981, estos hombres uniformados, que tenían el mandato de mantener la ley y el orden, observaron sin intervenir el incendio que destruyó una importante biblioteca que contenía libros y manuscritos, en Jaffna, una de las principales ciudades tamiles (y en algunos casos contribuyeron deliberadamente en la acción). Dos años después, este acto de vandalismo fue seguido por otro, el pogromo contra los tamiles en Colombo. La violencia fue mucho más salvaje que en 1958, varios miles de tamiles fueron asesinados por turbas cingalesas y un número mucho mayor de hogares tamiles fueron incendiados.

Estos acontecimientos llevaron a los jóvenes tamiles a abandonar definitivamente la vía del compromiso y sumarse a la lucha armada. Muchos se unieron a los Tigres de Liberación de Eelam Tamil (LTTE, en sus siglas en inglés), una organización constituida en 1976, que tenía como objetivo el establecimiento de una nación tamil en el norte. El LTTE, a quien suele atribuirse la invención de los terroristas suicidas, enviaba a sus hombres-bomba a mercados y escuelas en las zonas cingalesas. Con el tiempo, desarrollaron una capacidad militar suficiente para entablar combate con el ejército de Sri Lanka y para establecer "zonas liberadas" en las que funcionaba una administración paralela con su propia maquinaria fiscal y sus propias comisarías.

La guerra civil en Sri Lanka persistió a lo largo de la década de los noventa y después. Varias zonas han estado sucesivamente en manos del LTTE y fuera de su control, y cada tanto el Gobierno de Sri Lanka anuncia una inminente victoria militar; ocasionalmente también, otras naciones (en particular India pero también Noruega) intentan buscar una solución al conflicto. Pero sigue derramándose sangre. No existe un cálculo preciso sobre el número de vidas que se ha cobrado el conflicto. Como en el caso de Cachemira, seguramente la cifra supera los 50.000, pero tal vez esté por debajo de 100.000. Como en el caso de Cachemira, han

muerto muchos rebeldes y soldados del Gobierno, pero muchos más civiles. Como en el caso de Cachemira, la pérdida de vidas ha estado acompañada de una pérdida todavía mayor de propiedades y de la destrucción de muchas familias y comunidades.

### Respuestas a la desigualdad en democracia: la moderada, la enérgica y la militante

A primera vista, parecería que el problema de Cachemira es consecuencia del fracaso del *hardware* de la democracia. Entre los diversos actos de traición que el Estado indio ha cometido contra los ciudadanos cachemires, cabe destacar dos: la detención en 1953 de un ministro electo (encarcelado entonces durante años sin haber sido juzgado) y el pucherazo en las elecciones estatales de 1987, para mantener apartados del poder a políticos independentistas cachemires que, en opinión del Gobierno central, no se plegarían a sus antojos.

En Cachemira, las instituciones políticas formales de la democracia se han mantenido de manera irregular. Pero, al margen de no poder elegir libremente a sus propios representantes, los cachemires también temen que el dominio indio ponga en peligro la autonomía cultural del Valle. Grupos hindúes de derechas reivindican continuamente que se derogue el artículo 370 de la Constitución india, que prohíbe a las personas de otros lugares comprar tierras en el Valle. A los cachemires les inquieta que la derogación de este artículo pudiera facilitar una migración masiva de colonos hindúes en el Valle, siguiendo el ejemplo de los chinos en Tíbet y de los israelíes en los territorios ocupados.

A primera vista, parecería que el problema tamil es resultado de un fallo del *software* de la democracia. Entre las múltiples heridas que han sufrido los tamiles de Sri Lanka, hay dos que son más profundas y difíciles de olvidar que las otras: el reconocimiento del cingalés como primera lengua de la isla y la quema de la gran biblioteca de Jaffna, que contenía la memoria colectiva y la expresión de los logros de generaciones de tamiles.

No cabe duda de que debilitar la lengua y la cultura tamiles ha sido una característica sistemática de la política del Gobierno de Sri Lanka. Al mismo tiempo, los políticos cingaleses también han intentado manipular las instituciones de representación democrática. Han urdido escisiones y defecciones en los partidos tamiles moderados que impugnan las elecciones y han manipulado el censo electoral en áreas tamiles.

Así, en las seis décadas transcurridas desde el nacimiento de estas naciones, los cachemires en India y los tamiles en Sri

Lanka han sido tratados como ciudadanos de segunda fila por sus gobiernos supuestamente ‘democráticos’. ¿Cómo han respondido a ello? Principalmente de tres modos, que calificaría de *moderado*, *enérgico* y *militante* respectivamente. Los políticos cachemires y tamiles del primer tipo (el más suave) se han sumado a las filas de partidos nacionales, como el Congreso Nacional Indio y el Partido de la Libertad de Sri Lanka, convencidos de que, trabajando dentro del sistema político imperante, pueden hacer que éste sea más receptivo a las aspiraciones regionales. La segunda postura ha dado lugar a partidos políticos que se presentan a las elecciones nacionales y del estado como entidades independientes. Es el caso de la Conferencia Nacional en Cachemira y del Frente Unido de Liberación Tamil en Sri Lanka. En este caso, el objetivo es conseguir gobiernos locales dirigidos por partidos regionales y que cachemires y tamiles cuenten con representación en el Parlamento Nacional en su calidad específica de cachemires y tamiles. Por último, tenemos a los militantes, que han abandonado la política constitucional totalmente para emprender la vía de la protesta violenta. Este tipo de cachemires (o tamiles) ha perdido totalmente la fe en la democracia india (o de Sri Lanka) y en el nacionalismo indio (o de Sri Lanka). Estos hombres (y cada vez más mujeres) creen que la promesa de una ciudadanía libre e igualitaria sólo puede alcanzarse en una nación independiente por la que hay que luchar y que es necesario conquistar con la fuerza de las armas.

La historia del activismo cachemir y tamil se caracteriza por una progresiva radicalización, un recorrido que parte de la moderación, pasa por posiciones enérgicas y termina en la militancia. Cabe preguntarse si era inevitable o necesario. Siempre debe confiarse en que es posible dar respuesta a las reivindicaciones de los grupos desfavorecidos con medios democráticos. Pero puede que no siempre sea posible. Se dice que Ho Chi Minh observó que si Mahatma Gandhi hubiera luchado contra los franceses, habría abandonado la no violencia al cabo de una semana. Del mismo modo, la arrogancia india hacia los cachemires y la intolerancia cingalesa hacia los tamiles han sido en ocasiones tan brutales y extremas que la protesta razonada y no violenta resultaba ineficaz o incluso, tal vez, imposible.

La lucha armada también goza de un aura romántica de la que carecen métodos de protesta más graduales. Tras la Revolución Bolchevique, el éxito de los comunistas chinos y la victoria, en Cuba, de los partidarios de Fidel, se consolidó la creencia de que la violencia era –como quedaba demostrado– la comadrona de la historia, el medio necesario e

inevitable para que los pueblos oprimidos pudieran finalmente romper las cadenas que los inmovilizaban. Por su parte, los cachemires y los tamiles abandonaron la no violencia, en parte, porque parecía no ser eficaz y, en parte, debido al glamour asociado al culto a las armas.

Sin embargo, la amplitud de la categoría de “lucha armada” oculta muchas formas diferentes de acción violenta, algunas más justas y legítimas que otras. Desde un punto de vista conceptual, se pueden diferenciar cinco formas genéricas de violencia fomentadas por grupos militantes en la historia moderna. Se trata de las siguientes: atentados contra la propiedad del Estado que se pretende derrocar o del que se quiere uno escindir; atentados contra representantes del Gobierno o militares de dicho Estado; atentados contra civiles de una clase o etnia diferente; atentados contra miembros de la misma clase o grupo étnico que rinden culto a un dios diferente; atentados contra miembros de la misma clase o grupo étnico que defienden una política diferente.

Las guerrillas armadas de tradición maoísta han recurrido a estas formas de violencia, intentando sustituir un régimen

“burgués” por un régimen “revolucionario”. También lo han hecho los secesionistas armados que luchan por independizarse de la nación de la que formaban parte.

Ahora bien, se podría argumentar de manera convincente que las dos primeras formas de violencia resultan, en determinadas situaciones, necesarias y, tal vez, incluso legítimas. ¿Acaso cuando un Estado arremete con demasiada contundencia contra algunos de sus ciudadanos y recurre a la violencia o a la fuerza, no cabe esperar que éstos respondan del mismo modo, haciendo volar edificios públicos, por ejemplo, o matando a funcionarios del Estado especialmente vilipendiados por su brutalidad, o luchando en la guerrilla contra los ejércitos que el Estado envía para aniquilarlos? (El término “guerrilla” es, en efecto, un diminutivo de “guerra” y se empleó en su origen para referirse a grupos reducidos de ciudadanos y soldados que luchaban contra el ejército napoleónico, mucho más poderoso, en la España de 1808).

La legitimidad de estos métodos también se deriva de las grandes revoluciones del siglo XVIII en Francia y en Estados Unidos, donde se luchó contra oponentes armados a los que se mataba en aras de la democracia y de la unidad nacional. También encontramos otra justificación en los campesinos de la época premoderna que –tanto en Europa como en Asia– expresaban su desencanto con el Estado

quemando títulos de propiedad, por ejemplo, o decapitando a los recaudadores de impuestos y otros representantes del Estado que los oprimían.

Por otra parte, resulta difícil argumentar a favor de los tres últimos tipos de violencia. Matar a civiles del “otro bando” que no han participado personalmente en la opresión o la violencia ejercidas por el Estado; atacar a miembros del mismo grupo étnico que simplemente profesan una religión diferente; asesinar a antiguos compañeros porque han optado por seguir una vía política alternativa o por abandonar la política. Se trata en todos los casos de métodos de protesta que probablemente resulten innecesarios, que son, a menudo, contraproducentes y, sin lugar a dudas, ilegítimos.

Tanto en Cachemira como en el norte de Sri Lanka, quienes luchan por la independencia de su pueblo han recurrido a las cinco formas de violencia. Además de atentar contra campamentos militares y de asesinar a presidentes de Sri Lanka, los terroristas suicidas del LTTE no han dudado en asesinar deliberadamente a miles de civiles cingaleses. Militantes cachemires, que durante muchos años sólo habían puesto en su punto de mira a funcionarios del Estado indio e instalaciones gubernamentales dentro del propio Valle de Cachemira, han participado recientemente en actos terroristas en ciudades como Mumbai y Delhi. El LTTE ha desvelado sus colores “hindúes” acosando y en algunos casos matando a tamiles que profesan la fe cristiana y musulmana; los luchadores por la libertad de Cachemira han desplegado su esencia “islámica” expulsando del Valle a unos 200.000 hindúes de lengua cachemir. Por último, los separatistas tamiles y cachemires han asesinado a políticos de su propia etnia que se negaban a acatar, al pie de la letra, la línea fijada por ellos. Se ha dirigido una ira particular contra los políticos reformistas, considerados “colaboracionistas” al no estar dispuestos a abandonar la vía del diálogo a favor de la lucha armada.

Volviendo a nuestras cinco categorías de violencia, a medida que escalan progresivamente la lista, partiendo de los atentados contra la propiedad y los representantes del Estado, pasando por los atentados contra civiles del otro bando, para llegar a los asesinatos de disidentes y herejes del propio bando, los grupos insurgentes se van haciendo cada vez más extremistas e intolerantes. En su propio recorrido desde formas de violencia con objetivos más concretos a formas de violencia más indiscriminada, los luchadores de la resistencia del Valle de Cachemira y del norte de Sri Lanka han puesto de manifiesto que ellos mismos niegan a su propio

pueblo la democracia y el pluralismo que los estados de India y Sri Lanka les han negado durante tanto tiempo a ellos.

### Una violencia normalizada

A pesar de la presencia de medio millón de efectivos del ejército en Cachemira, en el resto de India el *hardware* de la democracia permanece, en gran medida, intacto. Fuera del Valle, las elecciones, tanto al Parlamento nacional como a las asambleas de los demás estados, se han celebrado, por lo general, de manera imparcial; la prensa es independiente; y los tribunales no están sometidos a interferencias políticas. Los ciudadanos pueden viajar libremente en busca de trabajo o placer. Al igual que la mano de obra, el capital y las mercancías pueden circular libremente, lo que ha permitido a India mantener índices elevados de crecimiento económico.

A pesar de que en las áreas tamiles se vive una guerra civil, en la mitad sur de Sri Lanka, los ciudadanos votan, los periodistas y escritores se expresan libremente y los turistas occidentales acuden en masa a sus playas. Los colegios, los hospitales y otras instituciones públicas funcionan mucho

mejor que en India o, incluso, que en el resto del Sur de Asia, con índices de alfabetismo por consiguiente más elevados y una atención sanitaria mejor.

Esta coexistencia de estabilidad y violencia, normalidad y crisis, en una misma nación, sitúa a

**“ Los luchadores de la resistencia del Valle de Cachemira y del norte de Sri Lanka han puesto de manifiesto que ellos mismos niegan a su propio pueblo la democracia y el pluralismo que los estados de India y Sri Lanka les han negado durante tanto tiempo a ellos.”**

Sri Lanka y a India al margen de tres otros tipos de regímenes políticos: los que están marcados en su conjunto por la guerra civil (como ocurre en Congo y en Sudán); los gobernados por un partido único o por los militares (como ocurre en China, Corea del Norte y muchos otros países); y los que son democráticos y viven en paz consigo mismos en la totalidad (o la práctica totalidad) del territorio que reclaman como propio.

Esta última categoría está principalmente representada por las naciones del ámbito atlántico. Así, Estados Unidos es tan grande y diverso como la República de India, pero ninguna parte de su territorio está tan remotamente desafecta como el Valle de Cachemira. Del mismo modo, Canadá, al igual que Sri Lanka, cuenta con dos grupos etnolingüísticos principales, pero que de ningún modo se tiran de los pelos.

Dejemos aparte las dictaduras y las autocracias. ¿Podemos entonces considerar a Sri Lanka y a India como democracias débiles, parciales o incluso “iliberales”, y a Estados Unidos



y Canadá como democracias fuertes, profundas y “liberales”? Sí, pero sólo si congelamos la imagen en el presente. Si nos situamos en una perspectiva más amplia en el tiempo, la comparación resulta más compleja y menos tendenciosa. Por lo que respecta a las condiciones espaciales y sociales que permitieron a Estados Unidos, por ejemplo, convertirse en un Estado-nación democrático, éstas pueden resumirse en tres palabras –genocidio, esclavitud y colonialismo–, términos que encarnan procesos desplegados a lo largo de un período de varios siglos y que conllevaron una gran dosis de violencia y sufrimiento.

Muchas trayectorias históricas diferentes subyacen a estas diferentes manifestaciones de la democracia. En India y Sri Lanka, las revoluciones democrática y nacional se produjeron en paralelo –coincidiendo en el tiempo–. Por otra parte, la mayoría de los países de Europa y América del Norte se convirtieron en Estados-nación muchas décadas antes de llegar a ser democracias estables o plenas. En este caso, las dos revoluciones políticas fundamentales se escalonaron –es decir, se produjeron de manera secuencial–.

Cuando consideramos la violencia actual en Cachemira o en el norte de Sri Lanka, conviene recordar que muchos países occidentales tuvieron que superar sangrientas guerras civiles antes de poder surgir como naciones. Estados Unidos, España, Italia, Francia, el Reino Unido, y otros países, tuvieron que sufrir en todos los casos décadas, o incluso siglos, de enfrentamientos civiles y conflicto sectario antes de poder constituirse como naciones con fronteras seguras y un territorio claramente demarcado, con habitantes dispuestos a prestar lealtad al Estado y a sus símbolos. A estos países les llevó algún tiempo surgir como democracias, en las que los individuos que juraban lealtad a la bandera eran recompensados con el derecho a elegir a sus dirigentes, el derecho a moverse por todo el territorio de la nación y el derecho a expresar sus opiniones.

### La asincronía de las cuatro revoluciones y el populismo indio

En el mundo moderno se han producido cuatro revoluciones importantes. Se trata de las siguientes: la revolución nacional, la revolución democrática, la revolución urbana y la revolución industrial. Los reinos o las tribus se constituyeron como naciones; después, sus súbditos se convirtieron en ciudadanos, bien de forma inmediata (como en Asia), bien tras un período de décadas o siglos (como en América del Norte y Europa Occidental). Junto a estas transformaciones políticas, también se produjeron profundos cambios sociales y económicos; los habitantes de los pueblos se trasladaron a la ciudad y los agricultores se convirtieron en trabajadores de las fábricas.

Cuando, tras la aprobación de la Ley de Derechos Civiles, en los años sesenta, todos los ciudadanos estadounidenses tuvieron finalmente el derecho de votar, la mayoría vivía en poblaciones importantes o en ciudades, y menos del 5% vivía de la agricultura. Por otra parte, en el momento de la independencia de India, la agricultura representaba en torno al 60% del Producto Interior Bruto, y tres de cada cuatro indios vivían en aldeas. Sri Lanka y sus habitantes se encontraban en una situación muy similar.

Si consideramos cuatro revoluciones en lugar de dos, la comparación entre Occidente y Oriente es todavía más reveladora. La diferencia claramente llamativa entre India y Sri Lanka y, pongamos, los Estados-nación de Europa Occidental y Norteamérica es la *simultaneidad* de estas cuatro revoluciones. Es necesario reconocer que, en esos otros países, también se produjo una coincidencia cronológica. Así, algunas zonas de Italia y del Sur de los Estados Unidos seguían siendo en gran medida rurales en los años setenta. Pero la coincidencia en el tiempo ha sido mucho mayor en Asia, donde, de manera mucho más sustancial, estos procesos masivos, profundos que alteran la vida y la sociedad se han producido a la vez, y los súbditos se han convertido en ciudadanos al mismo tiempo que los habitantes de las aldeas se han convertido en gente de ciudad.

Me he mostrado escéptico respecto a la diferenciación que establecen algunos autores entre democracias “liberales” e “iliberales”. Sin embargo, puede que haya una manera más útil de captar las diferencias que sin duda existen entre cómo se ha articulado la democracia en Occidente y en Oriente. Radica en la distinción hecha por el sociólogo indio André Béteille entre democracias “constitucionales” y “populistas”. Una democracia populista difiere de una democracia constitucional en tres sentidos fundamentales: En primer lugar, se confía menos en las deliberaciones en el Parlamento, y por consiguiente se pone más el acento en otros medios de debate y resolución de disputas no formales y no institucionales.

En segundo lugar, los partidos políticos están más directamente subordinados a la voluntad, y a la veleidad, de la persona que los ha fundado o que los lidera.

En tercer lugar, hay una manifestación mucho mayor de identidades de grupo en el proceso político. Esto queda patente en la forma en que votan los ciudadanos (en función de la lealtad de grupo más que por opción individual), en el modo en que se elige a los candidatos para ocupar cargos públicos, en cómo se distribuyen las funciones en el gobierno, y en cómo se formulan y aplican las políticas públicas.

Según esta distinción, Estados Unidos y España (por ejemplo) cumplirían los requisitos de democracias “constitucio-

nales”, mientras que India y Sri Lanka serían democracias “populistas”. Dejando a un lado a los casos de los Bush y los Clinton, en Norteamérica y en Europa los partidos políticos no están dominados por familias individuales –algo que sí ocurre con frecuencia en los partidos del Sur de Asia–. Del mismo modo, las protestas callejeras no son habituales en Occidente; de producirse, suelen girar en torno a una cuestión específica y no tienen carácter partidista (como, por ejemplo, las protestas contra la Guerra de Irak durante el invierno de 2003). Por otra parte, las protestas callejeras son omnipresentes en Asia Meridional, y muy a menudo son instigadas por los políticos y los partidos. En lugar de hacer una crítica constructiva a la política del Gobierno en el Parlamento, los partidos de la oposición prefieren a menudo expresar sus opiniones manifestándose por las calles, gritando consignas, cerrando tiendas y escuelas y bloqueando carreteras y líneas de ferrocarril. Como observó con desesperación en una ocasión el trabajador social indio R.K. Patil, sus compatriotas habían sustituido “la ley del ‘Gobierno basado en la discusión’ por la ley del ‘Gobierno basado en la opinión pública callejera’”. Pero detrás de este tipo de protestas, no sólo están los políticos de la oposición. En efecto, algunos gobiernos de Bengala Occidental han llegado a cerrar poblaciones y ciudades como respuesta a una decisión judicial con la que no estaban totalmente de acuerdo.

Los partidos políticos occidentales son organizaciones complejas con múltiples niveles, en las que los dirigentes tienen que esforzarse por escalar puestos. En Asia Meridional, sin embargo, son más frecuentemente el coto privado de individuos o familias concretas. Barack Obama tuvo que librar una muy larga batalla para conseguir la nominación como candidato a la presidencia por el Partido Demócrata; Sonia Gandhi fue nombrada presidenta del Partido del Congreso de India sin hacer un solo discurso ni dedicar un solo día a hacer campaña. (Era suficiente con que fuera la viuda del que había sido primer ministro de India y nuera de otra ex primera ministra). Cuando, en 1994, el líder del Partido Laborista británico John Smith murió de un ataque al corazón, su sucesor fue elegido en una votación entre los miembros del partido. Cuando la líder del Partido del Pueblo Pakistán, Benazir Bhutto, fue asesinada en 2008, el control de su partido pasó a manos de su marido, quien a su vez prometió dejar vacante el puesto a favor de su hijo cuando éste estuviera preparado y tuviera la edad suficiente.

Teniendo en cuenta lo voluble que es el procedimiento para designar a los máximos dirigentes de un partido, los puestos

de nivel intermedio también se cubren de este modo. Los candidatos del Partido Demócrata al Congreso y al Senado de Estados Unidos son elegidos mediante un riguroso proceso de elecciones primarias –Barack Obama tiene poca influencia o ninguna en absoluto en su elección, como tampoco la tenía Bill Clinton–. Por otra parte, Sonia Gandhi examina, paso a paso, la lista de los candidatos del Partido del Congreso al Parlamento. El presidente Obama no desempeña ningún papel en la elección de los representantes del Partido Demócrata que se presentan a gobernadores; sin embargo, ningún ministro del Partido del Congreso puede ser designado sin la aprobación previa de la Señora Gandhi.

Resulta paradójico que, mientras en Asia Meridional los partidos políticos están a menudo demasiado centrados en los individuos, el proceso político, por su parte, concede escasa relevancia a la opción individual y favorece las lealtades de grupo. En India, según se afirma: “*you don't cast your vote, you vote your cast*” (haciendo un juego de palabras en inglés con el doble significado del término cast, que significa al mismo tiempo “emitir un voto” y “casta”, y que

podría traducirse como “no emites tu voto, sino que votas por tu casta”). Antes de unas elecciones, los periódicos ofrecen un minucioso desglose de la composición social del electorado –número de personas de cada casta y grupo religioso de la circunscripción, y las alianzas que buscan los candidatos para asegurarse la mayoría–. Estas estrategias quedan

**“ [A diferencia de Europa o Norteamérica] las protestas callejeras son omnipresentes en Asia Meridional, y muy a menudo son instigadas por los políticos y los partidos, (...) que cuando están en la oposición prefieren a menudo expresar sus opiniones manifestándose por las calles, gritando consignas, cerrando tiendas y escuelas, y bloqueando carreteras y líneas de ferrocarril.”**

plasmadas en una serie de acrónimos que vienen utilizándose a lo largo de los años –KHAM (de Kshatriya, Harijan, Adivasi, Musulmán), MY (Musulmán y Yadav), AJGAR (Ahir, Jat, Gujar, Rajput), etc.–, indicando así las castas o religiones que, en esos distritos o estados específicos, deben unirse en una plataforma común para garantizar la combinación ganadora.

La importancia de las identidades de grupo en el proceso electoral se extiende al ámbito del gobierno y de la administración. De este modo, los gabinetes ministeriales en los estados y a nivel nacional se conforman de manera que las castas y comunidades, sin cuyo apoyo el partido gobernante no podría haber llegado al poder, tengan una representación adecuada. El 22,5% de todos los escaños del Parlamento indio están reservados, por ley, a miembros de castas y tribus específicas que se consideran especialmente en desventaja. La proporción llega hasta el 50% en el caso de puestos de trabajo en el Gobierno y de admisión en las universidades. Esta concesión al populismo ha fomentado



todavía más populismo, y las castas, tribus o grupos religiosos que han quedado fuera de la lista "reservada" claman ahora por que se los incluya.

La importancia de familias y comunidades específicas en el proceso político, y en el gobierno y la administración, es resultado, en parte, de la simultaneidad de las cuatro revoluciones a las que nos hemos referido. Si India, como ocurrió en Estados Unidos, se hubiera convertido en una sociedad urbana e industrializada antes de conquistar la democracia electoral, entonces, tal vez, el ciudadano individual podría haberse despegado más de las lealtades de grupo. Ahora bien, en un mundo que evoluciona rápidamente y caracterizado por la incertidumbre, en el que el sistema de castas ha perdido importancia en el mercado de trabajo e incluso, en cierta medida, en el mercado de los matrimonios, el individuo busca seguridad en las solidaridades sociales tradicionales y, por tanto, vota por alguien de su misma casta o grupo étnico.

Hay que reconocer que el marco constitucional en el que se desenvuelve, actúa en cierto modo como muro de contención del populismo, en la democracia india. Existe una Comisión Electoral independiente que garantiza la imparcialidad de las elecciones. Existe un Tribunal Supremo independiente que actúa en ocasiones para frenar las actuaciones arbitrarias de la clase política. Al mismo tiempo, el núcleo constitucional de la democracia occidental no asegura totalmente su inmunidad a la retórica populista o a las identidades de grupo. En ocasiones, algunos políticos, a título individual, ignoran la organización o la ideología de su partido y apelan directamente a los votantes. También a veces, en Estados Unidos, los cristianos, los judíos y los musulmanes votan por candidatos cristianos, judíos y musulmanes, respectivamente.

Las distinciones que hace André Béteille se acercan más a los tipos ideales de Weber. Por ello, aunque no existe ninguna sociedad o sistema de gobierno totalmente constitucional o totalmente populista, ciertamente es más fácil situar a la mayoría de las democracias occidentales en el primer bando y a la mayoría de las democracias asiáticas en el segundo.

### Para alejarse de la violencia hay que abrazar la inclusión

La violencia en Cachemira y en el norte de Sri Lanka se debe en parte a las peculiares circunstancias del advenimiento del nacionalismo y la democracia en el Sur de Asia. Pero explicar las raíces de esta violencia no equivale a justificarla de manera global. La idea de democracia no da cabida a que las disputas políticas se resuelvan por medios violentos.

¿Entonces cómo podrán acallarse las armas en el Valle de Cachemira y en el norte de Sri Lanka?

Desde el punto de vista de los rebeldes, la respuesta es supuestamente la siguiente: mediante la creación de una nación cachemir o tamil independiente. Este sueño ha llevado a miles de hombres y mujeres jóvenes a dar su vida, luchando contra lo que consideran un poder colonial de ocupación (y no están totalmente desprovistos de razón). Este sueño también ha sido compartido, en silencio, por muchos otros hombres y mujeres que no ven ningún futuro para ellos en los Estados-nación más amplios en los que están integrados ahora.

En el último medio siglo, sólo se han creado dos nuevas naciones como resultado del éxito de la lucha armada. Una es Bangladesh, que no habría podido independizarse de Pakistán sin la ayuda de India y del ejército indio. La otra es Eritrea, cuya separación de Etiopía se llevó a cabo, sin embargo, sin ayuda alguna de una tercera potencia.

¿Pueden los tamiles o los cachemires emular con éxito a los eritreos? Mientras escribo esto, el ejército de Sri Lanka se está adentrando profundamente en el territorio del LTTE. Y el ejército indio es simplemente demasiado fuerte para que los rebeldes cachemires lo derroten en el campo de batalla, incluso con la ayuda de Pakistán. Entretanto, la inmensa mayoría de los indios de fuera de Cachemira no puede tolerar la idea de que esa región se separe de la nación. Y prácticamente todos y cada uno de los cingaleses definen también una Sri Lanka unitaria.

No obstante lo expuesto, cabe preguntarse si los rebeldes tamiles y cachemires pueden basar sus esperanzas en las muchas naciones nuevas surgidas en Europa Central y Oriental en los años noventa, tras la desaparición de la Unión Soviética. Es casi seguro que no. En efecto, estos países se constituyeron de manera voluntaria, al decidir los estados más grandes en los que estaban integrados que a ellos les iría mejor dando vía libre a grupos lingüísticos o étnicos enfrentados a la mayoría. El caso de Timor-Leste es en cierto modo diferente, al tratarse de un país creado con la intervención activa de Naciones Unidas y de las potencias occidentales, que se impusieron conjuntamente a los indonesios que deseaban aferrarse a ese territorio. Sin embargo, podemos más o menos descartar ese tipo de intervención en el norte de Sri Lanka o en India. El LTTE es un movimiento paria a nivel internacional y forma parte de la lista de organizaciones terroristas de la mayoría de las naciones occidentales. Los rebeldes de cachemira también son objeto de sospecha en la comunidad internacional debido a su retórica yihadista. En cualquier caso, India es un país demasiado grande y poderoso para que Estados Unidos, la Unión Europea o Naciones Unidas contemplen la posibilidad de

una acción armada para apoyar la independencia de Cachemira.

El testimonio de la historia y los hechos sobre el terreno indican que es virtualmente imposible, a corto o largo plazo, que veamos el nacimiento de un Eelam independiente o una Cachemira independiente. El sueño que promulgan los rebeldes y que comparten sus seguidores no armados es de hecho una fantasía. Si la independencia es imposible o inconcebible, hay que preguntarse cuáles *son* entonces las opciones. ¿Podrán los tamiles y los cachemires llegar algún día a vivir como ciudadanos seguros y moderadamente contentados de los Estados-nación de los que ahora forman parte?

Esto último es posible, y concebible, si tanto el Estado como los rebeldes son capaces de modificar o alterar sus formas de actuar y sus métodos. El Estado debe fomentar más sistemáticamente los valores y las instituciones de la democracia, su *software* y su *hardware*. Debe celebrar elecciones regulares e imparciales, respetar la lengua y la cultura de los grupos minoritarios y plasmar este respeto en leyes y políticas apropiadas. Debe resistirse, con mayor firmeza de la mostrada hasta ahora, a las presiones de los nacionalistas que exigen que los cachemires o los tamiles se adapten, en las grandes y pequeñas cuestiones, a la cultura y a las costumbres de la mayoría.

Puede que algunos acontecimientos recientes permitan un optimismo muy moderado en este sentido. El invierno pasado, el Gobierno de India organizó las segundas elecciones imparciales sucesivas en Cachemira. En 2002, la participación fue del 44% y en esta ocasión se ha llegado hasta el 60%. Y, al menos en sus últimos discursos tras las victorias de su ejército contra el LTTE, el presidente de Sri Lanka ha prometido a los tamiles que el Gobierno respetaría su lengua y su cultura.

Para que este optimismo no se desvanezca, es imperativo que el Gobierno de la India profundice en la autonomía provincial, permitiendo a los cachemires hacerse con las riendas de más aspectos de su vida. El gobierno provincial debe trabajar con mayor sinceridad para ofrecer mejores escuelas, hospitales y oportunidades laborales a los cachemires. Entretanto, si el LTTE es derrotado o plantea un alto el fuego, o cuando esto ocurra, el Gobierno de Sri Lanka debe resistirse a la tentación de imponer la paz del vencedor. Por el contrario, debe cumplir las promesas hechas en

el pasado de proteger los derechos y la cultura tamiles. (Para ello, puede guiarse por el modelo de esa otra nación bilingüe, Canadá, donde el enfrentamiento entre las comunidades anglófona y francófona se ha podido contener mediante una mayor autonomía para las provincias). Por último, los casos de violación de los derechos humanos por parte de los ejércitos de India y Sri Lanka deben ser investigados por una comisión judicial imparcial, y los culpables, cuando sean identificados, deben recibir el castigo adecuado por sus crímenes.

Ésta es la carga que la democracia impone sobre las espaldas del Estado. ¿Y los rebeldes? ¿Pueden reconocer la realidad objetiva, que les dice que no puede conquistarse un Estado independiente y que no se conquistará? ¿Pueden expiar sus propios excesos y errores, las matanzas de civiles y de quienes, estando de su lado, optaron por seguir una vía política diferente? Y por último, ¿pueden deponer las armas y participar en elecciones e incluso ganarlas?

**“ El Estado debe fomentar más sistemáticamente los valores y las instituciones de la democracia, su *software* y su *hardware*. Debe celebrar elecciones regulares e imparciales, respetar la lengua y la cultura de los grupos minoritarios y plasmar este respeto en leyes y políticas apropiadas. (...) [También resistirse] a las presiones de los nacionalistas que exigen que los cachemires o los tamiles se adapten”**

En este sentido, la historia encierra buenas noticias. Pensemos en Sudáfrica, donde un grupo firmemente comprometido con la revolución armada abandonó las armas y ganó las primeras y las segundas elec-

ciones en las que, por primera vez, todos los adultos pudieron votar. Cabe observar que cuando era un grupo insurgente, el Congreso Nacional Africano nunca atentó contra civiles del otro bando, sólo las instalaciones y los representantes del Estado estaban en su punto de mira. Haciendo gala de disciplina y capacidad de contención, el Congreso Nacional Africano no se permitió llevar a cabo formas de violencia indiscriminada e ilegítima, lo que facilitó en última instancia que la organización abandonara totalmente las armas y se integrara en el proceso democrático.

El ejemplo del Congreso Nacional Africano liderado por Nelson Mandela puede por tanto servir como modelo e inspiración para los rebeldes tamiles y cachemires. Pero también tenemos otros ejemplos más cercanos. Los tamiles de Sri Lanka pueden fijarse en la historia reciente de los tamiles de India. En ese país, entre 1949 y 1963, el Dravida Munnetra Kazhagam (DMK) luchó, aunque de forma no violenta, por un Dravidistán independiente, que se constituiría a partir del estado de Madrás en el sur de India. En 1963, abandonaron el puntal de la independencia optando por mantenerse integrados dentro de la República de India. En las siguientes elecciones del Estado, celebradas en 1967, el DMK derrotó con holgura al Partido del Congreso entonces en el gobierno. En las cuatro décadas transcurridas

desde entonces, el DMK y el AIADMK, una escisión del primero, han llevado las riendas del gobierno entre ambos, ofreciendo así una alternativa regional, democrática a los principales partidos “nacionales”.

Por su parte, los rebeldes cachemires deberían estudiar la trayectoria del Frente Nacional Mizo (MNF, en sus siglas en inglés). En 1966, este movimiento lanzó una insurrección armada para lograr un estado independiente de Mizoram, que se forjaría a partir de los territorios fronterizos del este de India. Al igual que los cachemires, los mizos son un pueblo de montaña muy orgulloso e independiente; como ocurre con los primeros, su cultura, su lengua y (lo que no es menos importante) su religión difiere de las del interior de India; como aquéllos, su lucha por la independencia contaba con el apoyo del rival de India, Pakistán, cuyo territorio oriental, que todavía no se había convertido en Bangladesh, lindaba con las áreas mizas.

Durante casi veinte años, la guerrilla del Frente Nacional Mizo luchó contra el ejército indio. Se produjeron bajas en ambos bandos e, inevitablemente, todavía más muertes de civiles. Después, los dos bandos entablaron negociaciones. En 1986, se firmó un acuerdo por el cual los luchadores del MNF deponían las armas y, a cambio, se les otorgaba la amnistía. El MNF optó por acatar la Constitución india, y su recompensa fue la elección de su antiguo comandante en jefe, Laldenga, como primer ministro del Estado, que no nación, de Mizoram. Durante gran parte de las siguientes dos décadas, el MNF gobernó en el Estado. En diciembre de 2008, perdió frente al Partido del Congreso en los últimos comicios celebrados. El MNF está ahora en la oposición en una asamblea elegida democráticamente, en la que anteriormente ostentaba la mayoría para gobernar.

Las trayectorias del DMK y del MNF sugieren que, entre los extremos de la total asimilación –que sería profundamente perjudicial para la minoría– y la separación completa –que, tal y como están las cosas, resulta imposible–, existe una tercera alternativa, la de una autonomía con dignidad.

### La democracia se expresa en diversas lenguas

Al dar estos ejemplos de la incorporación con éxito de antiguos rebeldes al proceso democrático, corro el riesgo de ser tildado de indio triunfalista. Permítanme que me exponga a mayores críticas sugiriendo que la guerra civil en Sri Lanka podría haberse evitado si los principales políticos cingaleses de aquella época hubieran mirado al otro lado del Estrecho de Palk antes de aprobar la ley que estableció el cingalés como única lengua oficial de la isla. En efecto, ese mismo año, 1956, se establecieron en India nuevas fronteras administrativas para constituir provincias basadas en el principio

de la lengua, de manera que los principales grupos lingüísticos dispusieran, cada uno, de su propio Estado, gobernado en la lengua local en lugar de hacerlo en la antigua lengua “nacional”, el hindi.

La creación de estados lingüísticos fue consecuencia de los movimientos de protesta de los ciudadanos que hablaban telugu, marathi y otras lenguas y que sentían que su cultura y su futuro sólo estarían asegurados si disponían de provincias propias. Millones de personas participaron en las protestas; si bien recurrieron a métodos como paros, marchas y huelgas de hambre, ocasionalmente también utilizaron la primera y más elemental forma de violencia a la que nos hemos referido antes, incendiar propiedades del Estado. Como respuesta a estas protestas, el Gobierno constituyó una Comisión de Reorganización de los Estados. Basándose en el informe de esta Comisión, se modificó la Constitución india para incorporar el principio de estados lingüísticos.

Así, India se convirtió en una nación multilingüe por medio de una respuesta constitucional al populismo. Cabe observar que, de este modo, se hacía caso omiso de la experiencia de Europa y Norteamérica, donde las naciones se habían constituido y se habían mantenido unidas sobre la base de que todos los ciudadanos deben hablar la misma lengua. El modelo europeo fue adoptado por Pakistán, con resultados desastrosos, cuando la imposición de la lengua nacional, el urdu, a la población de lengua bengalí del este del país activó el proceso que desembocaría en la creación de un Bangladesh independiente. En India, muchos nacionalistas también habían argumentado que únicamente el hindi, la lengua predominante de norte de India, podría servir como aglutinante para mantener la unidad de la nación. Afortunadamente, no se cedió ante estas presiones. Así, la Constitución india contempla que los estados de la Unión pueden utilizar la lengua local en los colegios, circulares y boletines, etc. También permite que los estados se comuniquen con el gobierno central en inglés, una lengua que los estados del sur y del este de la India prefieren frente al hindi.

En Europa existen, evidentemente, algunas excepciones al modelo europeo. Bélgica es una nación bilingüe, Suiza reconoce cuatro lenguas (de las que sin embargo, sólo tres están vivas y son importantes). Por su parte, India cuenta con 22 lenguas oficialmente reconocidas por la Constitución, y, además, la mayoría de esas lenguas tiene su propia escritura. A los ciudadanos de Bélgica y Suiza les basta con conocer el alfabeto romano, mientras que todos los estudiantes de bachillerato en India conocen dos alfabetos, y la mayoría hasta tres.

El pluralismo lingüístico de India queda patente en sus billetes de banco, donde la denominación –5 rupias, 10 rupias,

etc.– está escrita en 17 lenguas distintas y, por tanto, en 17 alfabetos diferentes. Cada una de estas lenguas cuenta con una cultura literaria antigua y a menudo muy sofisticada, que refleja las memorias y tradiciones de ese grupo lingüístico en particular. Dándole un espacio y un lugar propios a tal diversidad de culturas lingüísticas, puede que India haya mostrado un camino a seguir a otras naciones que todavía tratan de imponer una lengua única a todos sus ciudadanos.

Me he referido más arriba a algunos éxitos obtenidos por India, a cómo, en algunos casos, el *hardware* y el *software* de la democracia se han activado minimizando la violencia y facilitando la libertad de expresión. Pero evidentemente también se han producido muchos fracasos. Además de Cachemira, en algunas zonas del noreste existen grupos insurgentes activos, que luchan por conseguir sus propias naciones independientes –una para los nagas, una para los meiteis, una para los ahoms, y así sucesivamente–. Entretanto, en el corazón de India, la insurgencia maoísta está creciendo, alimentada por la pobreza imperante en grupos tribales y de baja casta, y cuyo objetivo es hacerse con el poder del Estado en Nueva Delhi y crear una “República Popular” según el modelo chino.

El Estado responde a las acciones de los grupos insurgentes y revolucionarios; la policía y el ejército indios responden con violencia a la violencia de los rebeldes. A estos conflictos civiles hay que sumar además la violencia cotidiana de la vida social en India, donde musulmanes son asesinados por hindúes y viceversa, y donde se producen enfrentamientos entre castas altas y bajas en las aldeas. Todos los años, un número muy elevado de indios –la cifra se estima que puede ascender a 20.000– pierde la vida como resultado de estos conflictos diversos.

Creo que fue Jawaharlal Nehru el que dijo que India era la cuna de todo lo verdaderamente noble y también de todo lo verdaderamente abyecto de la condición humana. En esta formulación, la nobleza radica en la riqueza de las tradiciones artísticas, musicales y filosóficas de India; lo abyecto, en las desigualdades de casta y género y en la degradación de la vida en los barrios de chabolas y en las aldeas rurales. Si enmendamos este epigrama para que se ajuste a nuestro propósito, podríamos decir que India es la cuna de todos los aspectos más ennoblecedores y más repugnantes de la experiencia democrática. Por una parte, se celebran elecciones imparciales regularmente; el porcentaje de participación es mayor entre los indios más pobres que entre los

prósperos europeos; y los indios gozan de mayor libertad para hablar, aprender y administrarse en su propia lengua que en naciones supuestamente más antiguas y en democracias supuestamente más avanzadas. Al mismo tiempo, por la diversidad y variedad de grafías y poesía desplegadas, las elecciones indias tienen mucho más colorido que las de Occidente. Por otra parte, los políticos son corruptos y la policía a menudo brutal; la burocracia es increíblemente incompetente e ineficiente; las divisiones de casta, región y religión son persistentes y generan una gran dosis de descontento social así como comportamientos políticos groseramente oportunistas; y el coste en vidas humanas es inaceptablemente alto en un país que se atreve a llamarse democracia.

### La diversidad heredada de Asia como inspiración para las nuevas diversidades

En los años treinta, después de que Mahatma Gandhi y el Partido del Congreso organizaran un movimiento popular contra el dominio británico, Winston Churchill insistió en que la idea de independencia política para India era “no sólo una fantasía en sí misma, sino que tendría efectos vergonzosamente perversos”. Que los británicos “dejaran India en manos de los brahmanes [que en su opinión dominaban el Partido del Congreso] constituiría un acto de negligencia cruel y perversa”. Si los británicos se marchaban, predijo Churchill, “India retrocedería rápidamente varios siglos para caer de nuevo en la barbarie y las privaciones de la Edad Media”.

Churchill era sólo el más prominente de toda una serie de

políticos occidentales que han creído que el modo de vida democrático era peculiarmente incompatible con las personas de piel oscura y negra. Una posible respuesta a estos escépticos occidentales sería apuntar –como han hecho tanto el político de Singapur Lee Kuan Yew como algunos teóricos comunistas chinos– que la libertad de expresión y la competencia entre partidos según el modelo occidental son contrarias a “valores asiáticos” como la armonía y la cooperación. Un segunda respuesta posible consiste en alegar –como lo ha hecho el economista Amartya Sen– que posiblemente la democracia, como idea y como práctica, no sea un invento occidental, sino que puede haberse anticipado, en mayor o menor grado, en prácticas orientales más o menos contemporáneas de la Atenas clásica, como el *panchayat* hindú y la *sangha* budista, mediante las cuales los habitantes del pueblo y los monjes optan por gobernarse por medio de la consulta y la deliberación.

**“El Estado responde a las acciones de los grupos insurgentes y revolucionarios; la policía y el ejército indios responden con violencia a la violencia de los rebeldes. (...) Todos los años, un número muy elevado de indios –la cifra puede ascender a 20.000– pierde la vida como resultado de estos conflictos diversos.”**

Las dos respuestas dejan translucir cierta actitud defensiva. Creo que se puede aceptar que la democracia, tal y como se conoce y se practica convencionalmente, es sin duda un invento occidental, enraizado en la antigua Grecia, pero cuyas formas modernas se remontan a finales del siglo XVIII. Al mismo tiempo, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, estas instituciones democráticas han sido adoptadas y modificadas por países que, en cuanto a su naturaleza y contenido, son muy diferentes de las naciones de Occidente. India y Sri Lanka llevan celebrando elecciones nacionales de manera regular desde hace ya 60 años, sin interrupciones de gobiernos militares –un período más largo que en España, Portugal o Grecia–, más largo también que en el caso de casi todos los países de Sudamérica; más largo que el vivido en todos los países de Europa Central y Oriental. Al mismo tiempo, Malasia, Indonesia, Pakistán, Bangladesh, Tailandia, Nigeria, Ghana y Nepal también han celebrado, aunque de manera más irregular e intermitente, elecciones en las que todos los ciudadanos votan libremente y sujetas a un escrutinio imparcial. Y todos estos países han gozado de una prensa fuerte y mayoritariamente libre.

La experiencia acumulada de estas (y otras) naciones significa que tal vez debiéramos dejar de preocuparnos por la cuestión de los orígenes. A la hora de estudiar los proyectos políticos dispares que se han emprendido fuera de Occidente en nombre de la democracia, tal vez resulte más productivo centrarnos, en cambio, en procesos y resultados.

Cuando comparamos Asia y África con Europa y América del Norte, debemos tener en cuenta la conjunción, en Oriente, de procesos históricos que, en el caso de Occidente, se desarrollaron a lo largo de varios siglos. La democracia, el concepto de nación, la industrialización, la urbanización, todos estos fenómenos se produjeron más lentamente y de manera más espontánea en Europa y en América del Norte. En cambio, en Asia y en África, estos procesos fueron dispuestos y dirigidos desde arriba, *simultáneamente*, produciendo una gran dosis de descontento y desafección, que en ocasiones se ha articulado mediante la guerrilla y otras veces a través de protestas callejeras orquestadas por partidos políticos que, en teoría, apoyan con entusiasmo el Estado de Derecho y las deliberaciones en el seno de asambleas elegidas.

En Oriente, en todo caso, para alimentar con éxito a la democracia (y el concepto de nación) es necesario que el Estado y los líderes políticos sean tan respetuosos con las

realidades culturales y los sentimientos que con la imparcialidad ante la ley. Porque, incluso si el ciudadano vota como individuo, está más profundamente arraigado en las redes sociales de casta y comunidad. Se produce por tanto una tensión constante entre los derechos del grupo y los derechos del individuo. Resulta imposible anteponer totalmente a uno sobre el otro; se trata más bien de llegar a compromisos, como en el caso de las cuotas de casta en India, donde las presiones del populismo han conducido a un aumento en la proporción de empleos públicos reservados a castas y tribus específicas. Quienes defendían el aumento querían que no se impusiera límite alguno; por otra parte, teniendo presentes los derechos del individuo, el Tribunal

Supremo fijó un límite máximo del 50%, de manera que al menos uno de cada dos puestos de trabajo estuviera abierto a todos los indios con independencia de su casta o grupo étnico.

La reciente experiencia política en Asia Meridional sugiere la prominencia de lo que he denominado el *software* de la democracia, a saber, sus aspectos afectivos y simbólicos. En el momento en el que nace una nación, sus ciudadanos pueden estar dispuestos a jurar lealtad a una bandera común y a emplear una moneda común; sin embargo, este compromiso se pone a prueba cuando, en una fase posterior de la trayectoria de una nación, algunos elementos intentan impulsar la superioridad de una lengua o una religión en particular. Los ejemplos de Cachemira y del norte de Sri Lanka sugieren que no basta con permitir que los individuos voten libremente, se expresen libremente o puedan desplazarse libremente; es necesario hacer que estos individuos y sus comunidades se sientan a todas luces parte de la nación que los reclama como ciudadanos.

Este ensayo ha pretendido ser analítico y descriptivo huyendo de la polémica y la prescripción. Aun así, es posible que este ejercicio académico no esté totalmente desprovisto de relevancia práctica. Sin lugar a dudas, los países como India deben aprender de las naciones de Occidente cómo fomentar instituciones públicas impersonales y eficaces, para dirigir sus democracias por vías más constitucionales o ajustadas al derecho. Pero el aprendizaje no tiene por qué ser unidireccional. Es posible que la democracia en Occidente se haya hecho demasiado impersonal; que, como advirtió Max Weber hace tiempo, se haya encerrado a sí misma en la jaula de hierro de la burocracia. A medida que prosigue el viaje democrático, es posible pues que Oriente necesite menos carisma y menos populismo, y Occidente por su parte, un poquito más.

**“ India y Sri Lanka llevan celebrando elecciones nacionales de manera regular desde hace ya 60 años, sin interrupciones de gobiernos militares –un período más largo que en España, Portugal o Grecia–, más largo también que en el caso de casi todos los países de Sudamérica; más largo que el vivido en todos los países de Europa Central y Oriental.”**

Un ámbito en el que Occidente podría prestar más atención a la experiencia de Oriente es en relación con los derechos de grupo. Cuando se constituyó como tal, la nación india heredó un desconcertante abanico de grupos lingüísticos, religiosos, de casta y étnicos. Esta diversidad tenía profundas raíces históricas; no era posible ignorarla, homogeneizarla o despreciarla dando toda la supremacía a los derechos individuales. La trayectoria posterior de la democracia india (y del concepto de nación) ha consistido en una serie de compromisos, algunos con éxito, otros no, entre los derechos de los individuos y los derechos de las comunidades.

Mientras que el "multiculturalismo" de India (y de Nigeria, Ghana y Sri Lanka) es *heredado*, el multiculturalismo de las naciones occidentales es (en su mayoría) *adquirido*. De este modo, Estados Unidos –tras deshacerse desecho del grueso de los habitantes indígenas– se constituyó a través de olas sucesivas de inmigrantes procedentes de diferentes partes del mundo. Se intentó homogeneizar sus diversas culturas en un crisol (*melting pot*), definido en gran parte por una lengua única (el inglés) y en un grado ligeramente menor por el aroma cristiano del credo nacional. Por otra parte, en las naciones de Europa Occidental, gran parte de la diversidad cultural tiene un origen más reciente. Así, los norteafricanos han emigrado a Francia, los inmigrantes del Sur de Asia y de las Antillas a Gran Bretaña y los turcos a Alemania, un flujo que, en todos los casos, está formado por varios millones de personas de etnias, religiones y culturas radicalmente diferentes de las de la población dominante.

Esta diversidad adquirida ha planteado nuevos retos a las ideas de democracia y nación que estos países se habían acostumbrado a considerar propias. ¿Es posible hablar español y sin embargo ser totalmente estadounidense? ¿Se puede pedir instrucción coránica en la escuela y sin embargo ser un patriota británico? ¿Estará dispuesta Francia a adoptar una o dos fiestas islámicas como días festivos oficiales para todos los ciudadanos, como lo ha hecho India?

Este tipo de preguntas no desaparecerá, por el contrario, es posible que incluso se multipliquen. Para contestarlas, Occidente no haría mal en estudiar la experiencia reciente de las naciones orientales cuya diversidad es heredada y no adquirida. Dentro de Europa, una aceptación de la diversidad adquirida podría ir de la mano de la aceptación de lo que es más antiguo y sigue vivo, como la diversidad heredada de lenguas autóctonas (por ejemplo, el catalán en España).

Concluiré el análisis compartiendo una experiencia personal. Hace unos años, tenía que hablar en la Universidad de Calicut, en Kerala, que se encuentra en uno de los muy pocos distritos de India donde los ciudadanos musulmanes constituyen más del 50% de la población. Entre los que asistieron a la charla, al menos la mitad era mujeres, algo que no resulta sorprendente en sí mismo ya que los índices de alfabetismo femenino en Kerala se acercan al 100%. La mayoría de estas mujeres –chicas jóvenes, en realidad– eran musulmanas, siendo patente su religión para mí por los pañuelos negros que llevaban en la cabeza; exactamente el mismo pañuelo que acababa de ser prohibido en los colegios en Francia. En esa vieja democracia occidental, el Estado consideraba el pañuelo un signo de opresión, por lo que quedaba prohibido en la esfera pública. En esta nueva nación oriental, el pañuelo era en realidad liberador. Permitía que esas chicas adquirieran una educación universitaria que había sido negada a sus madres y abuelas. Porque el pañuelo denotaba un determinado decoro y modestia; al llevarlo, estas chicas podían transmitir a sus padres la tranquilidad de que iban a la universidad a estudiar y no a establecer relaciones con compañeros del otro sexo.

**“¿Es posible hablar español y sin embargo ser totalmente estadounidense? (...) ¿Estará dispuesta Francia a adoptar una o dos fiestas islámicas como días festivos oficiales, como lo ha hecho India? (...) Occidente no haría mal en estudiar la experiencia reciente de las naciones orientales cuya diversidad es heredada y no adquirida.”**

Llegados a este punto, es necesario hacer algunas distinciones. El *burka*, o velo completo, es opresivo y degradante: al ocultar el rostro y los ojos de

una mujer, la señala como subordinada (y sujeta al control) de los hombres. Pero cubrirse únicamente la cabeza es otra cosa. En India, en todo caso, la práctica no está restringida a las mujeres musulmanas. Las mujeres hindúes a menudo se cubren la cabeza con el sari, para protegerse del sol, para entrar a un templo o como muestra de respeto hacia los mayores. Los hombres y jóvenes sikh están obligados, por su religión, a llevar un turbante, mientras que muchos campesinos hindúes y musulmanes lo llevan voluntariamente. Si sus estudiantes hubieran aparecido en clase con un *burka*, algunos profesores de la Universidad de Calicut podrían haberse sentido violentos u ofendidos; tal y como iban vestidas, todos en la universidad, profesores, estudiantes o personal sólo podían verlo como algo normal y totalmente aceptable.

En mi opinión, la presencia generalizada del pañuelo en la Universidad de Calicut ilustra a la perfección lo que a Mahatma Gandhi le gustaba llamar “la belleza del compromiso”. El hecho de que, mientras los franceses se rompían la cabeza con este asunto, la gente de Calicut pudiera convivir perfectamente con ello, era una afirmación, aun modesta, de la promesa de la democracia india.